

La “Arqueología de los campos de batalla”. Notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación

Fernando Quesada Sanz*

La arqueología militar y el estudio de los campos de batalla

La Historia Militar antigua y la Arqueología militar son ya desde hace largo tiempo sub-disciplinas consolidadas y establecidas de la Historia Antigua y la Arqueología. Cuentan con una floreciente y productiva actividad investigadora y –sobre todo– divulgativa, que en algunos países constituye por sí misma una pequeña industria editorial de gran éxito comercial.¹

Mucho más reciente es la existencia de la llamada ‘Arqueología de los campos de batalla’ o ‘*battlefield archaeology*’ en la dominante producción anglosajona, una nueva sub-sub-disciplina, o si se quiere, una ‘rama’ especializada de la Arqueología militar, cuya existencia no se remonta más allá de un cuarto de siglo, con un origen además peculiar en el tiempo y el espacio.

Nos resistimos en todo caso a conceder carta de naturaleza específica como sub-sub-disciplinas independientes a todas estas nuevas ‘Arqueologías de...’.

Se trata de campos de estudio específico, sí, que requieren refinar y adaptar las metodologías de trabajo –especialmente de campo– ya existentes, pero no debe compartimentarse nuestra área de conocimiento (y no nos referimos precisamente a la clasificación administrativa universitaria, sino al concepto mismo) creando tantas ‘Arqueologías’ como especialistas con intereses específicos. Ello llevaría a la creación de *ghettos* académicos y de ‘áreas de caza’ particulares que a la larga empobrecerían el discurso científico y la investigación. Dicho esto desde el principio, lo que también resulta claro es que cualquiera de estos ‘ismos’ (Arqueología ‘militar’, ‘de los campos de batalla’) al igual que otros más o menos amplios (‘de género’, ‘del trabajo’, ‘espacial’) requieren una concentración de esfuerzo considerable y la formación de especialistas capacitados que realmente dominen las diversas facetas del trabajo que abordan, lo que no implica aislarlos de la corriente principal de la investigación arqueológica.

* Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Trabajo desarrollado en el marco del Proyecto financiado por la ANR ‘*La Guerre et ses traces*’ *Conflicts et sociétés en Hispanie à l’époque de la conquête romaine*’ y del Proyecto de I+D del Min. de Educación y Ciencia HUMM 2006-08015HIST.

¹ Este último aspecto (comercial-aficionado), unido al necesariamente polémico objeto de estudio de la Arqueología militar, y a la frecuente confusión entre el interés por una rama de la

actividad humana y la pasión por practicarla, han hecho que en ocasiones la Arqueología Militar haya sido menospreciada, incluso ‘ninguneada’ por otras ramas del *establishment* académico. Pero como la realidad es tozuda y los resultados de la investigación se van incorporando con peso sustancial al acervo de los conocimientos generales sobre el funcionamiento de las sociedades del pasado, casi nadie duda ya de su relevancia científica.

Nacimiento y mayoría de edad de una nueva rama de la Arqueología

La larga tradición militar en Gran Bretaña, Francia o Alemania, donde se conocen campos de batalla que abarcan al menos dos mil años de historia, podría hacer suponer que había sido en Europa donde se desarrollara por primera vez un interés científico por el conocimiento, excavación y preservación de estos lugares históricos. Esfuerzos de impulso estatal y a escala nacional, como los trabajos de campo y ensayos de arqueología experimental impulsados por Napoleón III en el campo de batalla del asedio de Alesia hacia 1860², hacían suponer que el interés romántico y nacionalista, casi de política 'de estado', derivaría eventualmente hacia un enfoque más académico. Teniendo en cuenta además la formación militar de muchos de los 'padres fundadores' de la moderna arqueología, como los generales A. Pitt Rivers y M. Wheeler,³ cabría pensar también en esta dirección. Sin embargo, los revolucionarios cambios en la orientación de la arqueología en los años sesenta y setenta del siglo veinte dejaron *'muy pasado de moda hablar sobre conflicto, y específicamente de la guerra... el conflicto se discutía en términos abstractos y simbólicos, como un subproducto de la búsqueda para obtener o retener el poder. Se produjo un marcado rechazo a discutir los aspectos más claramente militares de esos conflictos o su expresión a través de actos de guerra... En parte, esto era una reacción contra la ortodoxia de las viejas generaciones, donde se asumían funciones militares [en los yacimientos y fortificaciones] prestando escasa atención a explicaciones alternativas no militares. En parte, además, no hay duda de que esta actitud nació de la actitud mental de los arqueólogos que aprendieron el oficio a fines de los sesenta y en los ochenta cuando entró en juego la llamada generación del 'flower power'. Puede que se trate de una simplificación excesiva, pero durante casi tres décadas el tema simplemente no estaba de moda, y era sobre todo percibido como el hobby mal enfocado de unos pocos derechistas y 'wargamers'*.⁴

El Little Bighorn y su impacto arqueológico

Durante el año 1983 el incendio de una gran extensión de terreno en un campo de batalla bien conocido de los Estados Unidos de América, junto al río Little Bighorn, marcó un punto de inflexión para el futuro. La devastación de la cubierta vegetal abrió el camino para retomar, con metodología moderna, el estudio de un lugar mítico en la historia de los Estados Unidos –tanto para los habitantes indígenas como para los colonos europeos– y de paso dotar de contenido científico a este tipo de trabajo de campo, partiendo del supuesto, obvio pero hasta entonces no aplicado, de considerar lo un tipo de yacimiento más, diferente de una cueva o una necrópolis, pero susceptible de análisis arqueológico empleando la metodología adecuada. Como era de suponer, los trabajos tuvieron impacto inmediato en el gran público americano,⁵ pero también en el ámbito científico, dando impulso a nuevas iniciativas⁶ y resultando en informes modélicos y muy expresivos de las posibilidades que se abrían⁷.

En efecto, el caso de la batalla –a pequeña escala, pero de gran resonancia en todo caso– del Little Bighorn –o del Séptimo de Caballería, o de Custer– ejemplifica por un lado el impacto emocional sobre una parte importante de la población; en segundo lugar, las posibilidades para desarrollar un turismo de calidad; y en tercero, la posibilidad de aplicar una metodología de campo muy diferente tanto a la de excavación tradicional como a la de prospección. A partir de ese momento las actividades arqueológicas en campos de batalla, americanos y europeos, se multiplicaron, con gran énfasis en tres aspectos particulares pero relacionados: el desarrollo de metodologías específicas adecuadas al tipo de yacimiento –porque un campo de batalla es un yacimiento–, las posibilidades de puesta en valor para turismo de calidad, y las necesidades de conciliar la conservación del patrimonio histórico –porque un campo de batalla es parte del acervo histórico tanto como un yacimiento de cualquier otro tipo– con las necesidades de desarrollo urbanístico de las comunidades donde se ubican esos campos de batalla, que pueden abarcar cientos de hectáreas.

2 Napoleon III 2001, *La guerre des Gaules* y Reddé 1999, "César ante Alesia" y Reddé y von Schnurbein (éds.) 2008, *Alésia et la bataille de Teutoburg*.

3 El Teniente General Augustus Henry Lane Fox Pitt Rivers (1827-1900) fue, con sus excavaciones y publicaciones (por ejemplo en Cranborne Chase, 1887-1896), y la creación del Museo que lleva su nombre, ambos modélicos en su tiempo, uno de los impulsores de la moderna metodología en Arqueología de campo. El General de Brigada Sir Mortimer Wheeler (1890-1976) excavador entre otros yacimientos del castro de Maiden Castle, con un cementerio resultado de una

batalla, es conocido por un disciplinado y riguroso método de excavación conocido como 'método Wheeler' en el que se formaron generaciones de arqueólogos hasta su sustitución por enfoques más modernos en los años ochenta (Wheeler 1943, *Maiden Castle*).

4 Pollard y Banks 2005, "Editorial", p. iv.

5 Jordan 1986, "Ghosts on the Little Bighorn".

6 Ver un reconocimiento específico de dicho impacto en Pollard et Banks 2005, "Editorial", p. iv-v.

7 Fox 1993, *Custer's last battle*.

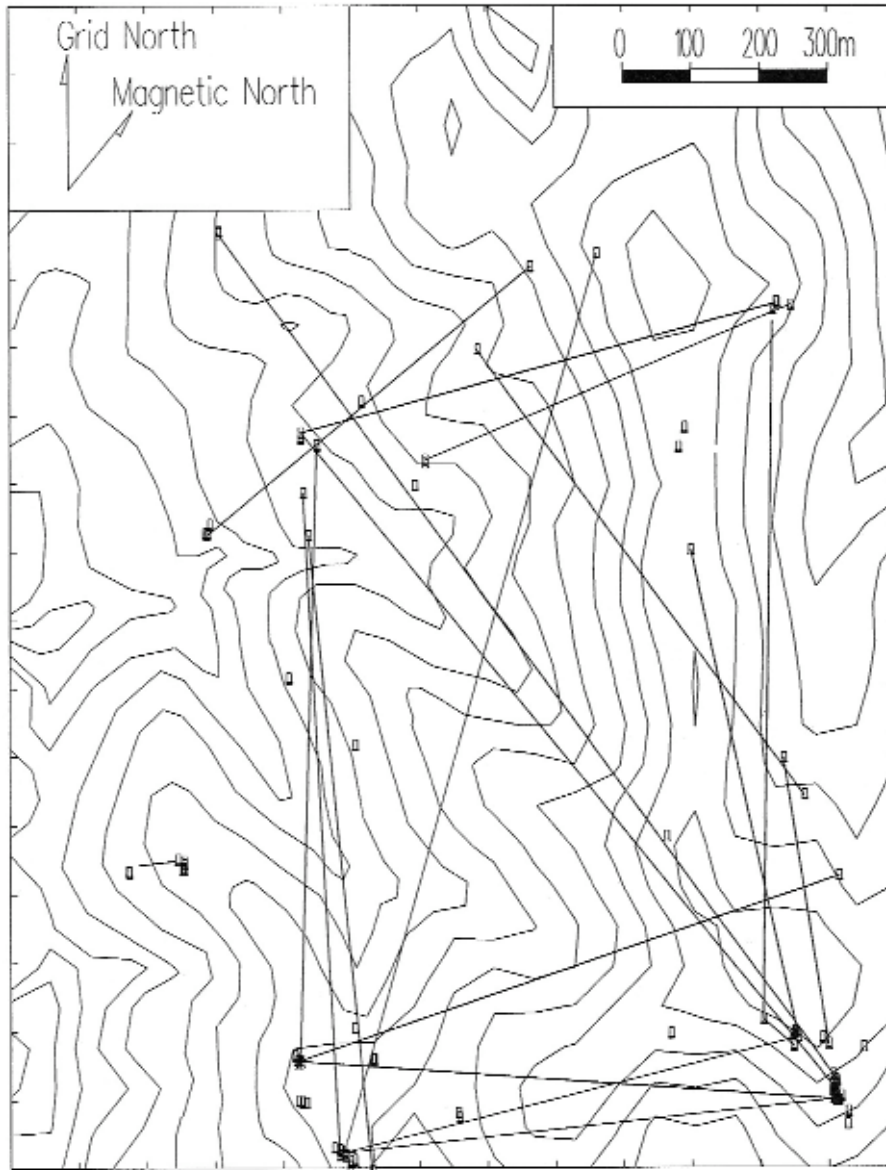


Figura 1. Prospecciones de superficie en el campo de batalla de Little Bighorn, siguiendo a través de los casquillos el recorrido de combatientes individuales. En este caso se traza sólo el movimiento de guerreros indios que empleaban armas de calibre .044 (según Fox).

La situación actual

En todo caso, el desarrollo de la Arqueología de los campos de batalla corre en paralelo a la eclosión de estudios académicos sobre Arqueología militar antigua y medieval, que se hace claramente visible en fechas recientes. Por citar el cercano ejemplo de España, prueba de la madurez y aceptación académica de esta

rama de la Arqueología es la reactivación del Instituto Hoffmeyer para el estudio de las armas antiguas⁸, que ha implicado la publicación de la Segunda Época de la revista *Gladius*⁹ y de su serie de monografías *Anejos de Gladius*¹⁰ o la aparición de otras revistas y series de Monografías dedicadas a la Historia Militar romana, como *Aquila Legionis* y la colección *Signifer*¹¹.

8 Rebautizado como 'Instituto Histórico Hoffmeyer' (<http://www.hoffmeyer.iam.csic.es/>) (Nota: Las páginas web citadas en este artículo han sido visitadas por última vez el 9 de Octubre de 2008).

9 Estructura de la Revista, Consejo editorial e índices de los volúmenes publicados en <http://www.hoffmeyer.iam.csic.es/>

[Gladindex.htm](http://www.hoffmeyer.iam.csic.es/gladindex.htm); la versión electrónica online de la revista, en formato .pdf, va apareciendo en <http://gladius.revistas.csic.es/index.php/gladius>

10 <http://www.hoffmeyer.iam.csic.es/anejosglad.htm>

11 <http://sapiens.ya.com/signiferlibros/>

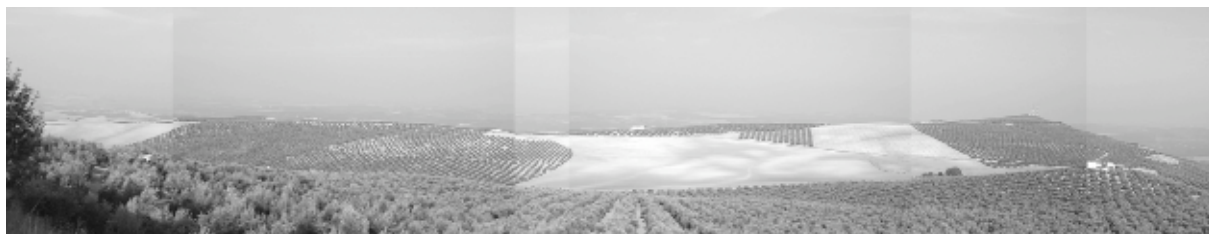


Figura 2. La extensión de un campo de batalla antiguo: perspectiva desde el sur de la zona del Cerro de las Albahacas (Santo Tomé) donde un equipo dirigido por A. Ruiz, J.P. Bellón y F. Gómez viene trabajando en el estudio de un campo de batalla de la Segunda Guerra Púnica, probablemente *Baecula*. De este a oeste la foto abarca unos 4700 m.

Al tiempo en la Universidad Autónoma de Madrid se imparte una asignatura de postgrado, dentro de su *Master de Arqueología y Patrimonio*, dedicada a la Arqueología Militar¹² con un plan de estudios que incluye específicamente la Arqueología de los Campos de Batalla¹³. Además, dicha asignatura forma también parte del *Master en Ciencias de la Antigüedad* coordinado por el Dpto. de Historia Antigua de la UAM¹⁴. Además, la Universidad Autónoma de Madrid alberga un Grupo de Investigación reconocido dentro del marco de la LRU, denominado *Polemos* y dedicado al estudio de la *Arqueología de la Guerra*¹⁵.

Simultáneamente, desde la Universidad de Barcelona se activa el portal *web Polemos*, dedicado a la Arqueología de los Campos de batalla de todos los periodos¹⁶, y se desarrollan en diferentes universidades al menos tres Proyectos de campo dedicados al estudio de sendos campos de batalla de la Antigüedad, por no citar la amplia actividad en relación con los campos de batalla de la Guerra Civil española y otros periodos¹⁷. Recientemente, la revista *Iber*, especializada en Ciencias Didácticas, dedicaba su número 51 (2007) a un monográfico sobre 'Campos de Batalla', con un ámbito cronológico que abarca desde la Prehistoria y la campaña de César en Ilerda a la Batalla del Ebro en 1938¹⁸. Como se aprecia, el volumen de actividad científica es creciente y acelerado desde aproximadamente el año 2000. En particular, y en el campo específico de la arqueología de los cam-

pos de batalla de la antigüedad, son especialmente notables por su novedad y las importantes perspectivas que abren los trabajos de campo en Santo Tomé (Jaén) que han localizado un campo de batalla de la Segunda Guerra Púnica, posiblemente el de la llamada batalla de *Baecula*¹⁹ que se viene analizando empleando un metódico sistema de prospección empleando GPS. De interés similar es el estudio ya realizado aunque todavía no publicado en detalle en un campo de batalla a pequeña escala en Andagoste (Navarra), probablemente de época augustea temprana²⁰, y otros en curso en el Pedrosillo²¹ o en la zona de las campañas augusteas contra los cántabros²².

La puesta en valor de campos de batalla desde una perspectiva sobre todo turística, pero de un turismo de calidad, combinada con los intentos de conservación del patrimonio se ha hecho visible en el año 2008, dentro de los numerosos programas destinados a recordar –desde posiciones ideológicas a menudo muy concretas y sesgadas, eso sí– la llamada 'Guerra de Independencia' de 1808-1814. En estos casos a menudo las actividades se han centrado sobre todo en el creciente fenómeno del 'recreacionismo histórico' con actividades a bastante escala tanto en Bailén como en los campos de batalla de Somosierra, La Coruña y otros. En estos casos, sin embargo, la investigación arqueológica como tal viene siendo casi inexistente.

En estas cuestiones el panorama científico español no va retrasado, sino en paralelo, con respecto a los

12 Ver http://www.uam.es/estudios/doctorado/Prog_ofic_posgrado0708/master/arqueologia-plan.html.

13

http://www.uam.es/departamentos/filoyletras/prearq/Asignaturas_master.pdf

14 <http://www.ffil.uam.es/antigua/master/>

15 Grupo coordinado por el firmante de estas líneas.

16 <http://polemos.org/>

17 Como la intensa actividad no académica de GEFREMA (Grupo de Estudios del Frente de Madrid) (<http://www.gefrema.org/>), o los trabajos dirigidos desde el Museo Arqueológico de Almedinilla sobre los sistemas de trincheras

del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba), superpuestos a un poblado ibérico en excavación.

18 *Iber* 51, 2007. Monográfico 'Campos de Batalla, espacios de Guerra'. ISSN1133-9810.

19 Bellón *et alii* 2005, "Baecula". Ver <http://www.ujaen.es/centros/caai/articBAECUL.htm>

20 Ocharán y Unzueta 2002, "Andagoste (Cuartango, Álava)".

21 Ver A. Morillo *et al.* en este mismo volumen.

22 Para los que hay ya llamativa bibliografía: Peralta Labrador 1999, "Los castros cántabros"; *Id.* 1999, "El asedio romano del castro de la Espina del Gallego"; *Id.* 2006, "La revisión de las Guerras Cántabras".

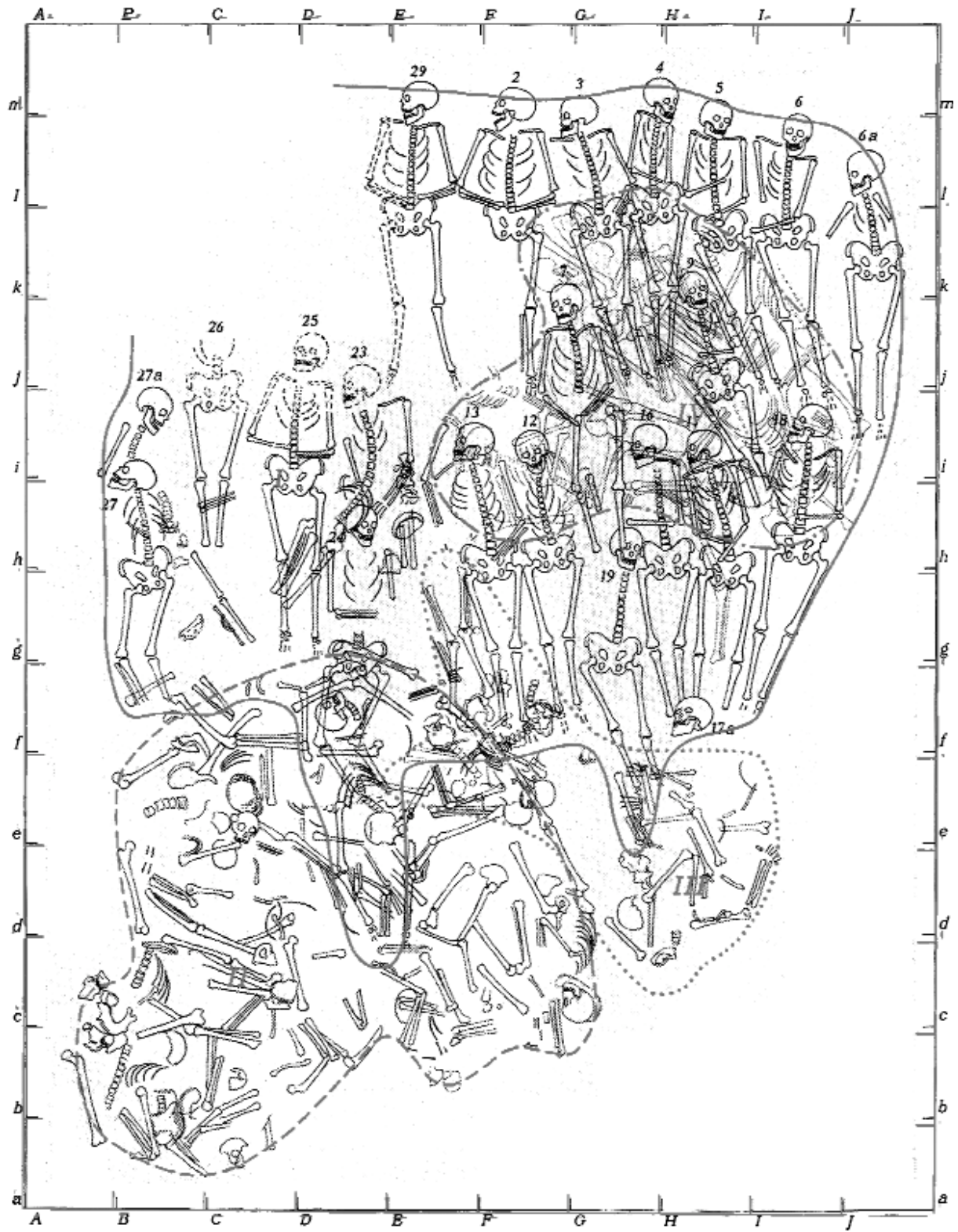


Figura 3. Fosa común de la batalla de Wisby (1361) (según Thordeman).

progreso en otros ámbitos académicos. Por citar el ejemplo del Reino Unido, la celebración en la Universidad de Glasgow en Abril de 2000 de una reunión científica titulada *Fields of Conflict: progress and Prospects in Battlefield Archaeology*²³ ha marcado el inicio de numerosas iniciativas en el mismo sentido. La Universidad de Glasgow, por ejemplo, alberga un “Centro Escocés de estudios de la guerra” (*Scottish Center for War Studies*)²⁴ dependiente del Departamento de Estudios Históricos y que ha evitado el políticamente correcto título de ‘conflicto’. Y al tiempo los investigadores de dicha universidad han puesto en marcha el *Journal of Conflict archaeology*²⁵ parte de un *Centre for Battlefield Archaeology* independiente del centro antes mencionado²⁶.

Estos centros académicos oficiales vienen acompañados por otras instituciones públicas dedicadas a la conservación y estudio de colecciones de armas como la Armería Real, que desarrolla una amplia actividad y su propio Anuario²⁷.

También en el Reino Unido la importancia adquirida por la puesta en valor de los campos de batalla históricos ha llevado a distintos organismos y agencias dedicados a la gestión del patrimonio cultural a elaborar publicaciones específicas destinadas tanto a los arqueólogos profesionales –y en particular a aquellos que se dedican a lo que se ha dado en llamar ‘arqueología profesional’, como al público en general. Entre las primeras destaca la guía editada por la *British Archaeology Jobs Resource* titulada precisamente *Battlefield Archaeology –a guide to the archaeology of conflict* (Sutherland 2005)²⁸.

Entre las segundas podemos citar el opúsculo de *English Heritage*, el organismo público del Reino Unido dedicado a la conservación del patrimonio, dedicado a la catalogación y puestas en valor de yacimientos militares del s. XX²⁹.

En resumen, hace menos de una década, se podía escribir en Europa que “*la investigación de la Arqueología de los campos de batalla está en su infancia*”³⁰. Hoy puede afirmarse que, ha llegado a su mayoría de edad en términos de teoría, metodología, procedimientos de trabajo de campo, generación de medios de difusión especializados y reconocimiento académico.

El Campo de Batalla: yacimiento arqueológico y sus peculiaridades de estudio

El campo de batalla, un yacimiento peculiar

La principal consideración que queremos proponer aquí, y que desarrollaremos en su momento, es que un campo de batalla puede y debe ser considerado entre otras muchas cosas como un tipo de yacimiento arqueológico, susceptible de ser localizado, prospectado y eventualmente excavado e interpretado como cualquier otro yacimiento, bien que aplicando una metodología apropiada a sus peculiaridades, exactamente igual que ocurre con un yacimiento subacuático, una cueva o un poblado, cada uno de los cuales exige estrategias y tácticas de intervención diferente.

Las principales diferencias son:

-La dificultad de localizar con precisión muchos campos de batalla descritos por fuentes literarias escuetas, confusas o contradictorias, dado que por definición un campo de batalla deja muy pocos restos materiales en forma de estructuras. Incluso los campamentos temporales de los ejércitos contendientes pueden haber sido extremadamente livianos, al igual que posibles fortificaciones de campaña. Sólo restos muy erosionados de terraplenes y fosos de escasa altura y profundidad –aunque a menudo de cientos de metros de extensión lineal– pueden dar pistas en terrenos poco afectados por el laboreo moderno. Evidentemente estas consideraciones se aplican sobre todo a los campos de batalla de la Antigüedad, y la dificultad se hace menor a medida que la batalla estudiada sea más reciente.

-La extensión de los campos de batalla es otro serio problema, ya que pueden oscilar entre un espacio reducido, poco mayor que un campo de fútbol –muy difícil de localizar por esta misma circunstancia, o un inmenso espacio de diez kilómetros por cuatro. Un campo de batalla medio de la antigüedad abarcaría típicamente un espacio de 30 a 150 Ha, mayor en varios órdenes de magnitud incluso a un poblado o ciudad de gran tamaño. Este espacio es imposible de prospectar y analizar con las técnicas arqueológicas habituales. En el caso de campos de batalla de la Edad Moderna o Contemporánea –por ejemplo, un campo de batalla napoleónico– las extensiones se multiplican exponencialmente.

23 Freeman y Pollard 2001, *Fields of Conflict*.

24 <http://www.gla.ac.uk/departments/historicalstudies/researchcentres/warstudies/>

25 http://www.battlefieldarchaeology.arts.gla.ac.uk/conflict_journal.html

26 <http://www.gla.ac.uk/departments/battlefieldarchaeology/>

27 <http://www.royalarmouries.org/>

28 Disponible en Internet en: <http://www.bajr.org/bajrresources/bajrguides.asp>

29 Monuments 1998.

30 Fiorato 2000, “The context of the discovery”, p. 3.

-En el caso de campos de batalla históricos conocidos, y relativamente recientes, puede suponer una seria dificultad para la obtención de permisos (del Estado o de los propietarios de terrenos) la implicación emocional que implica la investigación –por ejemplo–, por la remoción de tumbas de guerra, o por las posibles alteraciones de la ‘verdad oficial’, a la ‘verdad emocional’ o del puro y simple mito nacional, que resulten de la investigación científica.

-Al contrario que la inmensa mayoría de los yacimientos arqueológicos, un campo de batalla refleja una instantánea, una foto fija de los acontecimientos de unas horas o de dos días a lo sumo, con una sección muy sesgada del conjunto de la sociedad y sus actividades. Por otro lado, si son hallados juntos materiales con dataciones muy diversas –por ejemplo armas del tipo de cascos–, es necesario explicar las perduraciones, o en otro caso sospechar varios acontecimientos superpuestos en el mismo espacio a lo largo de un periodo largo (determinados lugares, como Adrianópolis o las Termópilas, por poner ejemplos muy conocidos, han sido campo de batalla durante milenios). Por otro lado, el hallazgo de numerosos objetos no asociados directamente a la actividad militar del día de la batalla requiere explicaciones específicas.

-Los campos de batalla de la época de la guerra ‘con armas blancas’, esto es, desde los primeros estados hasta la extensión del uso de la pólvora hacia finales del s. XV, suelen ir asociados a grandes ‘campamentos de campaña’ que están directamente asociados a la batalla que se libró en sus cercanías. Sin embargo, estos campamentos estrictamente temporales (pudieron ser usados una sola noche) plantean muy serios problemas de localización, desde luego muy superiores a los campamentos semipermanentes o permanentes que se construyeron durante asedios o internadas, por ejemplo en época romana. Estos últimos son –comparativamente– mucho más sencillos de identificar, pese a las dificultades bien conocidas.

-En un campo de batalla de época antigua y medieval no es probable encontrar grandes cantidades de armas. De hecho, lo más probable es que se encuentren pocas, de tipos muy precisos, y a menudo rotas o inutilizadas. En el periodo que tratamos, la mayoría de las armas eran demasiado valiosas como para abandonarlas sobre el terreno. Los cadáveres de los caídos eran despojados sistemáticamente –los de los vencedores tanto como los de los vencidos– de cascos, corazas, escudos, espadas y cualquier arma de valor. Incluso los proyectiles –flechas, jabalinas, glandes de honda– eran a menudo recogidos para ser reutilizados, al menos los caídos en áreas de gran concentración y muy visibles. De esto se deducen dos consecuencias: en primer lugar, que no es probable que encontremos

en prospección o excavación restos numerosos de armas defensivas, y de las ofensivas, las que con mayor probabilidad hallaremos serán armas desechables, que por su escaso valor y su producción masiva no merecía realmente la pena recoger de manera exhaustiva y sistemática: dardos, puntas de flecha, glandes de honda. Las armas halladas serán una fracción, y una fracción no representativa, de las originalmente encontradas. En segundo lugar, las mayores concentraciones de estos restos no siempre, y no necesariamente, se darán sobre el terreno en los lugares donde la batalla fue más reñida; porque es allí donde los vencedores recogerían los restos con mayor densidad, al tiempo que recogían los cadáveres. Bien al contrario, es fácil que sea precisamente en zonas periféricas a la acción principal, o en zonas abruptas donde huyeran los heridos para buscar protección o un lugar donde morir, donde podamos encontrar más armas y sobre todo de los tipos más elaborados (corazas o cascos, por ejemplo).

Junto con armas arrojadas, serán otros objetos de pequeño tamaño y que pueden perderse fácilmente los que hallaremos en mayor número en un campo de batalla: tachuelas de sandalias en el caso del ejército romano (se desprenden con cierta facilidad de las suelas y cada soldado llevaba más de cincuenta en su calzado); hebillas, pasadores, monedas, piezas de adorno de armas, fíbulas, etc. Sólo en los campamentos –y en particular en los campamentos del bando derrotado– será habitual hallar, además de todos estos restos que a los vencedores no les interesaría saquear, restos significativos de material cerámico, aunque un ejército *en campaña móvil* (no en un asedio prolongado como Numancia) procuraba llevar consigo contenedores menos frágiles y voluminosos, fundamentalmente recipientes orgánicos de diverso tipo (odres, cestos) y vajilla metálica.

El ámbito cronológico

Conviene insistir en otro factor específico: el ámbito cronológico no es un factor limitador, como tampoco en otras ramas de la Arqueología. Ciertamente que el estudio de campos de batalla de la época anterior a las armas de fuego (y por tanto anterior también a la extensión de la imprenta y por tanto la masificación de la documentación escrita a partir, en ambos casos de c. 1450) suele ser especialmente enriquecedor, ya que permite localizar y estudiar batallas desconocidas, o aportar datos y puntos de vista completamente nuevos para batallas ya documentadas por las fuentes literarias. Pero el estudio arqueológico de los campos de batalla de la Era de la Pólvora puede también ser de extrema utilidad para el historiador.

Exactamente igual que la Arqueología Industrial se preocupa de las actividades humanas reflejadas en la cultura material de época posterior a la Revolución Industrial, complementando y enriqueciendo los conocimientos obtenidos por las fuentes documentales, la arqueología de un campo de batalla moderno tiene la capacidad de enriquecer los conocimientos obtenidos por las fuentes archiviales e incluso el testimonio de participantes en el conflicto, e incluso de modificarlos sustancialmente, caso de trabajos recientes realizados por ejemplo en Normandía referidos a las defensas alemanas en 1944. No es este un asunto, sin embargo, en el que nos entretengamos en este trabajo, orientado fundamentalmente al periodo antiguo y medieval.

La confusión como experiencia en el campo de batalla y sus consecuencias para el arqueólogo

Un aspecto bien conocido por cualquiera que tenga alguna experiencia militar, y bien reflejado en multitud de fuentes, es la dificultad de obtener, incluso para un testigo presencial, un panorama claro del desarrollo del campo de batalla. Incluso para un general con un punto de vista privilegiado –por no hablar de un oficial de rango menor o un simple soldado– la tensión y el miedo, la abrumadora superposición de acontecimientos casi simultáneos en distintos puntos de la línea de batalla, las dificultades de observación por las densas nubes de polvo –y de humo en su caso, además de las limitaciones impuestas por la topografía, impiden hacerse una idea cabal y global del desarrollo de una acción, incluso a pequeña escala. Los informes oficiales realizados a todos los niveles del escalafón tras una batalla pueden –y suelen– contener errores de hecho, dadas las dificultades mencionadas, y además numerosos sesgos en la descripción e interpretación destinados (así es la naturaleza humana) a presentar el punto de vista del redactor, desde César a von Manstein, en la mejor luz posible. La Arqueología tiene pues la capacidad de modificar la visión aceptada de las cosas, incluso la ofrecida por testigos presenciales, con un grado de fiabilidad que puede ser incluso mayor.

Y esto nos lleva a uno de los puntos clave que debe estar siempre presente en los razonamientos del arqueólogo que parte de fuentes literarias para localizar e interpretar un campo de batalla antiguo que se haya localizado. La confusión en el campo de batalla es quizá su rasgo más característico. Militares expertos lo han repetido una y otra vez, sin descanso... y sin éxito. El humo y el polvo levantado por miles de armas y miles de pies y patas son algunas de las razones más frecuentes que justifican la falta de visibilidad y sensación de caos. Si ese caos local es la experiencia

típica del combatiente en primera línea, el modo casi autónomo en que parece que se desarrollan los acontecimientos una vez iniciado el combate es resultado de ello; es bien conocido el adagio, atribuido a diversos generales, según el cual ‘ningún plan de campaña sobrevive al primer contacto con el enemigo’.

En síntesis, la objetividad completa es imposible en la descripción literaria o histórica de una batalla, por mucha voluntad que se ponga en ello. A menudo, sólo la distancia en el tiempo y el cotejo de una ingente masa de documentación permite al historiador componer un cuadro razonablemente preciso de los acontecimientos de una batalla, su desarrollo en diversas áreas del frente y la retaguardia, y sobre todo de la relación entre espacio y tiempo, la sucesión o contemporaneidad de acciones en el mismo sector y en los diversos sectores de la batalla. El participante en una acción, y a menudo incluso el general en jefe de uno de los bandos en liza, podrá sin duda expresar mejor que el historiador alejado en tiempo y espacio las sensaciones y la experiencia del combate. Pero probablemente, por paradójico que a primera vista pueda resultar, su capacidad de narrar el conjunto de la batalla sea inferior. Primero, por la limitación de su punto de vista (un bando, normalmente un sector) en las condiciones de confusión antes descritas. Segundo, por que sus acciones en la batalla –las del general y las del soldado– tienen un peso en su desarrollo, de la que el narrador directo es consciente; la autojustificación de cara a la historia –o simplemente ante uno mismo, hacen que el combatiente tenga a menudo muchas cosas que ocultar, o sesgar, o presentar de acuerdo a sus intereses.

Confusión y caos. Perspectiva limitada. Intereses personales: la suma de todos estos aspectos hace que las narraciones de una batalla sean siempre de delicada interpretación. En el mundo antiguo y medieval, el narrador de una batalla, incluso si era un historiador y a la vez militar experto (situación ideal por ejemplo de un Polibio o un Tucídides), rara vez podía contar con suficientes puntos de vista diferentes –incluyendo los del enemigo–, y a menudo tenía su propia agenda ideológica (no podemos esperar que Polibio, por buen historiador que fuera, resalte los errores de un Escipión). Y en la inmensa mayoría de las fuentes antiguas o medievales sobre batallas ni siquiera podemos contar con unos mínimos (conocimientos militares serios y cierta objetividad intelectual).

¿Qué influencia tienen estas consideraciones para el arqueólogo actual que trata, de identificar un campo de batalla antiguo con su Herodoto, Tucídides, Polibio, Livio o Apiano en la mano –por no hablar de Orosio o de Silio Itálico? Pues básicamente una fundamental: no se pueden tomar al pie de la letra casi ninguna de sus observaciones de detalle aplicadas a lo general.

Por ejemplo, seguir ciegamente las fuentes literarias, e incluso las memorias de los testigos presenciales, puede ser contraproducente para localizar y analizar un campo de batalla. Lo que a un combatiente –general, tribuno, centurión, soldado– le puede parecer un risco escarpado, un cerro empinado, un arroyo encajado en un barranco, puede ser una suave loma o un cauce seco imperceptible para otro observador situado sólo doscientos metros a derecha o a la izquierda. Una cierta comprensión de lo que es realmente la experiencia de un campo de batalla es pues necesaria para analizar con cautela lo que las fuentes nos dicen. Y aunque suelen ser menos explícitas y extensas que las narraciones del siglo XIX, los autores clásicos con experiencia militar, como Tucídides o Polibio, por poner dos ejemplos preclaros, comprendían perfectamente las dificultades del estudio y la narración de la batalla, incluso en época clásica (por ejemplo Tucídides 7.44.1; Polibio 15.15.4).

El espacio: magnitudes físicas

Al igual que las características ambientales del campo de batalla (cansancio, confusión, falta de visibilidad, ruido), hay otra serie de magnitudes importantes en el estudio arqueológico de un campo de batalla. Nos referimos a magnitudes físicas contrastables –aunque no siempre fáciles de precisar–, como son:

–Como se ha indicado antes, un campamento de campaña de un ejército de la antigüedad podía ocupar fácilmente 45 Ha y aún más, el doble que cualquiera de los mayores *oppida* ibéricos conocidos. Del mismo modo, una batalla de cierta magnitud podía librarse sobre espacios muy amplios a los que el arqueólogo simplemente no está acostumbrado. Para ello es necesario ‘educar el ojo’ a estas nuevas magnitudes, donde un campamento puede perderse de vista en la distancia, y un campo de batalla ser inabarcable desde un punto dado. Estas dimensiones afectan lógicamente no sólo a la metodología de trabajo campo, sino a la propia apreciación de lo que pudo o no ocurrir en ese espacio. Y todo ello suponiendo que la topografía del terreno y su vegetación no se hayan alterado sustancialmente desde la época de la batalla que se analice hasta la actualidad.

–El frente y fondo ocupado por las diferentes unidades, en relación con su tipo de formación, el espacio mínimo ocupado por los cuerpos humanos o animales (caballos, elefantes, carros), y la profundidad con que formaban esas unidades (es decir, el número de hileras y de líneas de una unidad). Determinar estos frentes es decisivo para saber si un ejército podría literalmente ‘caber’ en un espacio dado, o evolucionar en un terreno que se haya identificado positiva o tentativamente como parte de un campo de batalla. Y ello no es

a menudo fácil para el arqueólogo actual, que suele carecer de formación militar o, si la tiene, corresponde a un tipo de tácticas y densidades (m^2/h) totalmente diferentes a las que se daban en la época de la pólvora negra (c. 1450-c. 1900) o del arma blanca.

–Las distancias efectivas de visibilidad sin ayudas ópticas de diferentes tipos de unidades, desde los infantes aislados en guerrilla hasta una gran unidad de caballería.

–Las velocidades de movimiento por unidad de tiempo de los diferentes tipos de unidades sobre diferentes tipos de terreno, que son muy diferentes –pero no siempre a la baja– de las que puede alcanzar un individuo sólo o un grupo de estudiantes de arqueología en prospección, razonablemente descargados y descansados, sin sufrir fuego ni estar inmersos en las incertidumbres de la batalla.

En lo referente a estas variables no hace falta insistir en las dificultades para ser precisos cuando se estudia el mundo antiguo o medieval –y sin embargo, precisamente aquí una razonable precisión es esencial para distinguir lo posible de lo imposible en un campo de batalla dado–. A menudo el arqueólogo puede llegar a pensar que sólo sabemos de cierto el espacio que ocupa en el terreno un hombre o un caballo, pero no siempre contamos con datos concretos sobre los diferentes tipos de formaciones. Sin embargo, en las fuentes literarias antiguas hay a menudo más información de detalle, escrita por militares expertos, de lo que podría creerse. Por ejemplo, Polibio escribió en abundancia sobre el espacio ocupado por distintos tipos de unidades a pie y a caballo, la profundidad adecuada de las unidades, etc. (Polibio 12.18.3; 18.28-30), y además contamos con los escritores especialistas militares, cuyas *Tácticas* son una mina de información para el arqueólogo que, enfrentándose al terreno e imaginando movimientos de tropas a una escala de espacio y número a los que no está habituado, puede cometer con facilidad graves errores de apreciación, como imaginar grandes batallas en espacios imposiblemente pequeños (Eliano, 18.4-9).

Es cierto, sin embargo, que hay datos clave que simplemente no tenemos y que afectan, y mucho, a estas cuestiones. Por poner un ejemplo, no sabemos con exactitud con qué profundidad formaban las centurias y manípulos de época republicana: hay datos para 4, 5, 6 y quizá en ocasiones hasta 8 líneas de profundidad. De este modo, una centuria podría tener un frente de entre 15 y sólo 7 hombres, lo que lógicamente afecta, y mucho, al frente de una legión. Sabemos también, por otro lado, que muy a menudo los frentes de los ejércitos, en lugar de ocupar su espacio ‘natural’, se adaptaban a la topografía del campo de batalla, o incluso un general podía ‘forzar’ la profundidad de

sus unidades en casos concretos, como el cónsul romano en Cannas (216 a.C.): ‘Varrón *ponía los manípulos mucho más compactos, y lograba así que la profundidad de sus formaciones fuera muy superior a su frente*’ (Polibio 3.113.3).

Hay para todas estas cuestiones una fuente de documentación adicional que es muy útil, sin embargo; nos referimos a los manuales de táctica de los ejércitos europeos desde el s. XVI a época napoleónica. La densidad de las formaciones, la necesidad de mantener la cohesión y la formación de las unidades, eran en la Antigüedad y Edad Media en buena medida similares a las de los ejércitos antiguos, dado que los tipos de tropa (básicamente infantería en orden abierto, infantería de línea, caballería ligera y pesada) tienen capacidades de movimiento y necesidades de espacio similares (aunque, por ejemplo, la densidad prescrita en los manuales de táctica napoleónicos para cualquier país europeo es algo superior a la conocida para, por ejemplo, los legionarios romanos o incluso los falangitas macedonios en formación ofensiva)³¹. Y aunque parezca extraño, el área letal batida por las armas de fuego de pólvora negra (hablamos del alcance efectivo de las armas propulsadas, no del teórico ni del máximo) fue hasta época napoleónica escasamente superior al de las armas de la antigüedad. Sólo ciertas piezas de artillería de campaña desde finales del s. XVIII tenían alcances en combate sustancialmente superiores a los de cualquier arma de campaña de la Antigüedad; pero en conjunto, las áreas batidas y los alcances prácticos permanecieron casi invariables durante todo este periodo en cuanto a *órdenes de magnitud*. Algo similar ocurre con las visibilidades a distancias tácticas: las ayudas ópticas (catalejos) se introdujeron tardíamente y no siempre eran mucho más eficaces que el ojo desnudo; y las nubes de humo de pólvora dificultaban la visibilidad aún más que las nubes de polvo levantadas por los ejércitos de la antigüedad; en todo caso, las distancias para reconocer unidades al ojo desnudo eran las mismas.

Por tanto, y aún teniendo en cuenta las diferencias que hemos mencionado, y algunas otras, las tablas de distancias de visibilidad dadas por manuales del XVIII y basadas en la experiencia, las distancias recomendadas para pasar del paso al trote, y de este al galope en cargas de caballería, los ritmos de marcha de infante-

ría, y otros muchos datos que nos proporcionan los manuales de la Edad Moderna, son mucho mejor ayuda que estimaciones de cualquier otro tipo que el investigador moderno pueda calcular por sus propios medios o recurriendo a otros índices. Con las debidas precauciones, son herramientas extremadamente útiles.

Notas sobre los procedimientos de trabajo de campo

Como consecuencia de todo lo que venimos comentando, resulta evidente que la metodología de estudio de un campo de batalla antiguo, en el que se pretenda reconstruir movimientos de tropas, acciones, y lo que la PMI (*Probabilidad Militar Inherente*) nos dicte, requiere enfoques específicos y aprovechar diferentes medios de trabajo poco habituales en otros entornos arqueológicos³².

En particular, y en primer lugar, es imprescindible el uso sistemático, y a gran escala, de detectores de metales. Ya hemos visto cuales son los tipos de objeto que cabe esperar en un campo de batalla antiguo o medieval, y son precisamente los tipos que más fácilmente escapan a la visión del ojo humano, y los que mejor son captados por un detector moderno. Combinando la utilización de sistemas GPS y el adecuado material topográfico, un equipo de prospección puede analizar de manera sistemática y muy precisa grandes extensiones de terreno en un tiempo razonable. Contando con los permisos adecuados, la extracción de los materiales antes citados, ubicándolos con precisión centimétrica en topografía muy precisa, no es ni más dañina ni menos minuciosa que la excavación ordinaria, aunque ciertamente implica una mínima remoción del terreno –normalmente invisible al ojo pasados unos días o semanas– en los puntos donde se documentan hallazgos.

Una diferencia con la prospección selectiva habitual mediante *transects* es que, en el caso de un campo de batalla ya localizado, se hace imperativo trabajar por cuadrículas amplias, y eventualmente prospeccionar áreas completas de gran tamaño, más que ejes o líneas. Sólo de esa forma se podrán eventualmente determinar zonas de avance, de combate, de fuga. Una prospección en exceso selectiva mediante *transects* solo permitirá, a lo sumo, identificar los límites de

31 Por ejemplo, hay minas de información en trabajos como el de Nafziger 1996, *Imperial bayonets*.

32 La PMI es un concepto acuñado por el militar e historiador A. H. Bume en su clásico *The Hundred Years' War* para “*the solution of an obscurity by an estimate of what a trained soldier would have done in the circumstances*” (ver también Keegan 1978, *The Face of Battle*, p. 32, para quien “*used with circumspection, is a rewarding and as well as intriguing concept*”). Por extensión, se utiliza mediante la aplicación de prin-

cipios generales de la ciencia militar a problemas sobre los que nos faltan datos o en los que éstos plantean problemas. Por ejemplo, “By applying Inherent Military Probability, an archaeologist should quickly be able to distinguish an old fire-plow line (which is topographically indefensible) from an eroded infantry trench”.

Ver: <http://www.drfarchaeology.com/Content/COSCAPA/Newsletter%20XXII%203.htm>; <http://www.cr.nps.gov/hps/abpp/revwar/pdfs/ManualSect3.pdf>.

un campo de batalla, pero no nos dará información alguna sobre su posible desarrollo, zonas de crisis, etc.

Sin embargo, el manejo del detector no es intuitivo ni automático: además de la planificación de la cuadrícula, la densidad de pasada, etc., es necesario instruir previamente a los operadores, definir los parámetros de profundidad, la velocidad de avance, etc., para garantizar un empleo eficaz.

Es así posible conseguir en plazos razonables el único instrumento eficaz para el análisis arqueológico detallado de un campo de batalla antiguo: una cartografía detallada de cada uno de los tipos de objetos hallados, y de sus relaciones entre sí y con la topografía del terreno con extrema atención no sólo a las elevaciones, sino sobre todo a las pendientes (que son las que determinan la capacidad de diversos tipos de tropa para maniobrar, y su velocidad), a los campos de tiro eficaz (de nada sirve calcular los alcances máximos teóricos de las armas, como los famosos disparos de arco turco a quinientos metros, realizados con arcos y flechas especiales en circunstancias climáticas seleccionadas³³).

Es obvio que para la función cartográfica en asociación con la catalogación, el *software* desarrollado ya hace tiempo que denominamos SIG (Sistemas de Información Geográfica) es el siguiente e ineludible paso³⁴. Con una buena Base de Datos sobre soporte SIG y una cartografía precisa será entonces posible pasar a realizar análisis mucho más detallados. No será normalmente factible llegar al nivel de detalle en que se trabajó en el ya citado campo de batalla norteamericano del Little Bighorn, donde el análisis de las vainas metálicas de munición, y de los impactos de los diferentes percutores (que como es bien sabido son una 'huella digital' extremadamente precisa de cada arma individual) ha permitido incluso trazar en parte el movimiento de tropas de ambos bandos e incluso el de combatientes individuales³⁵. Pero eventualmente sí se podrán plantear análisis en dicha línea a partir de los tipos de proyectiles (especialmente glandes de hondas y, si son epigráficos, mejor).

Por otro lado, la distinción con el máximo detalle posible de los diversos tipos de objetos será esencial para la posterior gestión de la Base de Datos. Los objetos de *militaria* (hebillas, broches, botones, colgantes, fáleras) son muy numerosos y variados. Frente a algunos tipos bien estudiados resta mucho que hacer

con otras categorías, que podrían eventualmente ser muy útiles para datación. Incidentalmente, la presencia segura de objetos de momentos diferentes al de la batalla que estudiamos (especialmente monedas) no debe ser interpretada al modo tradicional, como 'niveles' diferentes o 'intrusiones'. Este tipo de objetos pequeños, sobre todo si son de bronce, son virtualmente indestructibles e indetectables salvo al detector, por lo que la su presencia ocasional no 'contamina' realmente el campo de batalla, y de nuevo la Base de Datos SIG permitirá diferenciar hallazgos ocasionales, alquerías medievales o incluso, eventualmente, la sucesión de batallas en un mismo lugar, algo más habitual de lo que normalmente se cree.

Entre los objetos más significativos que pueden hallarse en un campo de batalla de época romana —desde al menos la guerra de Aníbal al Bajo Imperio— están las tachuelas de *caligae*. Bien documentadas en yacimientos tan diversos como Alesia, Kalkriese (probablemente el escenario de *Teutoburgo*), Andagoste o Santo Tomé (probablemente escenario de *Baecula*), la correcta identificación de estos pequeños objetos, que acompañaban a los soldados en número de cientos de miles, literalmente, y que se desprenden con relativa facilidad al caminar por terreno abrupto³⁶, permite trazar incluso ejes de desplazamiento de ejércitos o de hombres en desbandada, ya que una prospección en área amplia como la recomendada antes dará áreas de vacío tan significativas como las que presenten hallazgos. En general, cuanto más vulgar y numeroso en origen sea el tipo de objeto (clavos de sandalia, glandes, puntas de flecha, *pila*), más significativo será el patrón de dispersión, mientras que la aparición de otros objetos menos susceptibles de quedar abandonados, como cascos, corazas, espadas, aunque significativa, no será tan representativa en el sentido espacial, según antes apuntábamos, ya que muchos de estos objetos no se recogerían *precisamente* por haberse perdido en áreas periféricas, o en las zonas de campaña.

Sobre los campamentos de campaña

Queremos añadir a estas notas una breve referencia a los campamentos de campaña más o menos fortificados y organizados que inevitablemente acompañaban a los ejércitos en marcha de la antigüedad. De hecho, no sólo los romanos sino también los griegos y

33 Payne-Gallwey 1907, *The projectile-throwing engines*, p. 19 ss.

34 Ver una de sus posibilidades en 'Geographic Information Systems for Civil War Battlefield Preservation (EEUU)': <http://civilwar.gatech.edu>.

35 Jordan 1986, "Ghosts on the Little Bighorn"; Fox 1993, *Custer's last battle*.

36 Brouquier-Reddé 1997, "L'équipement militaire d'Alésia"; Moosbauer y Wilbers-Rost 2007, "Kalkriese-Ort der Varusschlacht?"; Ocharán y Unzueta 2002, "Andagoste (Cuartango, Alava)"; Bellón *et alii* 2005, "Baecula".

celtíberos, por citar sólo dos ejemplos extremos, construían campamentos con empalizadas³⁷. Como antes hemos indicado, para ejércitos de 20.000 hombres en adelante estos campamentos superan con facilidad las 35/40 Ha de superficie –comparativamente más en ejércitos muy fuertes en caballería–, lo que exige un proceso de adaptación al arqueólogo, acostumbrado a pensar en yacimientos *muy* inferiores en extensión o, si llegan a cifras similares, a que estén bien definidos por accidentes naturales. Sin embargo, estos yacimientos asociados a los campos de batalla –y a veces parte integral de los mismos– son difíciles de detectar arqueológicamente porque a menudo sus empalizadas –de terraplén y pequeño foso en el mejor de los casos– eran muy endeble y temporales, con lo que su trazado se pierde con extrema facilidad, y no cabe esperar por lo general que sus muros contuvieran elemento estructural sólido alguno. Sólo consideraciones de espacio adecuado (no necesariamente geométrico, ni siquiera para el ejército romano), accesibilidad a fuentes de agua, alejamiento de promontorios muy inmediatos, espacio al frente para desplegar el ejército, y otras consideraciones tácticas recomendadas por los manuales antiguos (por ejemplo, en Polibio, Frontino, Vegetio o el *De Munitionibus Castrorum* del pseudo Higinio) permitirán a menudo reducir de entre todas las opciones posibles el lugar adecuado para un campamento de marcha inmediato a un campo de batalla. Un repaso a las fuentes literarias del periodo permitirá además hacerse una idea de la distancia a la que habitualmente se ubicaban los campamentos de los ejércitos enfrentados, a menudo a la vista uno del otro y a menos de una hora de marcha.

Caso particular de campo de batalla es el del asedio, que plantea problemas totalmente diferentes y al que no nos referiremos aquí: normalmente su ubicación no plantea problemas, abundan las estructuras fijadas en piedra, adobe o tierra, las dimensiones espaciales suelen ser más concretas, etc.

Fosas comunes de caídos en combate

Finalmente, hay otro tipo de yacimiento arqueológico, directa e íntimamente relacionado con los campos

de batalla, al que tampoco dedicaremos salvo una mención en este breve texto introductorio y metodológico: las fosas comunes de caídos en combate –a distinguir de otras, por ejemplo, producto de catástrofes o pestes³⁸–. Metodológicamente su estudio plantea problemas totalmente distintos, que entran de lleno en la Paleontología y la Antropología forense³⁹.

Ni que tiene decir que la localización de una fosa común asociada a una batalla concreta multiplica exponencialmente la información que es posible extraer sobre dicha acción. Sin embargo, salvo por hallazgos casuales, la prospección de estas fosas es extremadamente difícil, hasta que sea factible y económico realizar prospecciones con una precisión similar a la del georadar de superficie, pero desde el aire. En efecto, para una gran batalla de la Antigüedad o el Medioevo, la zona donde eventualmente pudieron excavar fosas comunes es prohibitivamente grande para rastreos mediante sistemas electromagnéticos de superficie ordinarios. No olvidemos además, que en la gran mayoría de los casos los cadáveres de los vencidos quedaban en superficie hasta que se pudrían, y años, incluso siglos después los campesinos y viajeros podían hallar los restos de antiguos combatientes esparcidos por los campos⁴⁰. Sólo si mediante otro método (por ejemplo, fuentes literarias) o por el azar (en una obra pública a gran escala) es posible reducir lo suficiente la zona a prospectar para que el georadar sea una técnica practicable en términos de tiempo-coste-eficacia.

Se conocen numerosos casos de fosas comunes resultados de acciones violentas, desde la Prehistoria⁴¹, pasando por el Egipto faraónico⁴², Grecia Clásica⁴³ y Roma⁴⁴ hasta época medieval⁴⁵ e incluso el periodo napoleónico⁴⁶ (por no entrar en casos mucho más recientes aún). Pero cuando realmente se obtiene un máximo de información es cuando se puede identificar con claridad la batalla a la que pertenecen los restos, con sus numerosas marcas de heridas, caso de la fosa de la batalla de Towton (1461)⁴⁷, y sobre todo cuando por alguna circunstancia excepcional al menos parte de los cadáveres fueron enterrados con sus armas, al menos las defensivas (caso de Wisby, 1361).

37 De hecho, Frontino insiste en que los romanos desarrollaron su propio esquema de campo desde 275 a.C. tras observar el de un rey helenístico, Pirro (*Strat.* 4.1.14), aunque se da la tradición opuesta (Plut. *Pirr.* 16.7). En todo caso, los campamentos griegos fortificados eran anteriores a Pirro: Alvarez Rico 2002, "The Greek military camp". Sobre citas literarias referentes a campamentos iberos y celtíberos fortificados: Quesada 2006, "Los Celtíberos y la guerra", p. 162 ss.

38 Rigeade 2007, *Les sépultures de catastrophe*.

39 Wakely 1997, "Identification"; Hunter y Cox 2005, *Forensic Archaeology*; Wright, Hanson y Sterenberg 2005, "The Archaeology of Mass Graves".

40 Por ejemplo Diodoro 13.60.7; 13.63.6; 13.75.2 (Sicilia, 409 a.C.); Herodoto 8.24-25 y 66.1 (Termopilas); Q. Curcio 5.1.11 y Diodoro 17.64.3 (Gaugamela); Herodoto 9.83 (Platea); Herodoto 3.12.1 (Delta del Nilo), etc. ver Gabaldón y Quesada 2008, "Memorias de victoria y muerte".

41 E.g. egas 1999, *enterramiento neolítico*; Vegas et alii 1999, "sepultura colectiva"; Makkay 2000, *An Early War*.

42 E.g. Winlock 1945, *The slain soldiers*.

43 s.a. 2004, "The Paros massacre"; Rose 2006, "Fallen heroes".

44 Ribera 1995, "Destrucción de Valentia".

45 Thordeman 1939, *Armour from the Battle of Wisby*.

46 Signoli et alii 2004, "Discovery of a mass grave".

47 Fiorato 2000, "The context of the discovery".

En tal caso el minucioso estudio paleopatológico y la comparativa con las armas halladas aumenta exponencialmente la calidad y cantidad de información obtenida.

La puesta en valor: el campo de batalla como parque arqueológico y espacio emocional

En la última década se ha acelerado, en Estados Unidos, Europa y muchos otros lugares, la conversión de campos de batalla –antiguos y recientes– en parques arqueológicos, o al menos en monumentos históricos visitables. Desde las fortificaciones de Normandía o la línea Maginot hacia atrás, cada vez son más los campos de batalla que atraen grupos recreacionistas (Waterloo, Bailén, Somosierra) con asistencias de aficionados que llegan a varios centenares y de público general que puede llegar a las decenas de miles en aniversarios señalados.

En ciertos casos, un campo de batalla se convierte en lugar de peregrinación para miles de personas a lo largo del año, desde militares a turistas en general, con tours guiados, centros de interpretación, museos, etc.⁴⁸ En algunos casos, normalmente cuando la batalla es relativamente reciente en el tiempo, el terreno se convierte en un parque nacional, caso de Gettysburg en Estados Unidos⁴⁹. El factor emocional se convierte a menudo en un factor clave, que puede dificultar, favorecer o mediatizar la investigación; a menudo los campos de batalla se convierten en 'lugares sagrados', literal-

mente⁵⁰, y resulta difícil separar la historia y la arqueología de otros factores, por mucho que se intente⁵¹.

Es por esta combinación de factores emocionales, patrimoniales y turísticos por lo que en diferentes países se han ido creando organismos específicos, públicos o privados con ayuda pública a menudo, destinados a proteger y poner en valor con respeto y objetividad esta parte del patrimonio histórico. Es el caso del '*Battlefield Trust*' del Reino Unido, que cuenta con un excelente portal web⁵², o del '*American Battlefield protection program*' en los EE.UU⁵³, parte del *National Park Service*.

Del componente emocional y sus peligros asociados no se libran en esta época tampoco los campos de batalla antiguos localizados que conciernen a mitos importantes de la construcción nacional. No es de extrañar que en Francia se estén invirtiendo cuantiosos recursos en un monumental centro de interpretación en torno al asedio de Alesia –mito fundacional de Vercingetorix–⁵⁴, en Alemania en torno al Varusschlacht de Kalkriese⁵⁵, y que incluso en Masada (Israel), donde en un tiempo juraran bandera los reclutas del *Tsahal*, se esté realizando un importante esfuerzo de puesta en valor en torno al antiguo asedio romano. Que el museo esté dedicado a la memoria –discutida en muchos círculos arqueológicos por sus excavaciones– de Yigael Yadin, quien aparte del 'arqueólogo de Masada' fuera uno de los generales de mayor rango en el ejército de Israel, no deja de ser significativo⁵⁶.

48 Por ejemplo, Hackenberg: <http://www.maginot-hackenberg.com/>; Waterloo: <http://www.waterloo1815.be/en/waterloo/>; Rorke's Drift: <http://www.fugitivesdrift.com/battlefield-tours/>; Little Bighorn: <http://www.custerbattle.com/> etc.

49 <http://www.nps.gov/gett/>

50 Linenthal 1991, *Sacred Ground*.

51 Montero 2001, "Arqueología de la Guerra Civil".

52 <http://www.battlefieldstrust.com/> y particularmente <http://www.battlefieldstrust.com/resource-centre/>

53 <http://www.nps.gov/history/hps/abpp/index.htm>

54 Alesia: <http://www.alesia.com/>

55 Kalkriese y la matanza de Varo: <http://www.kalkriese-varusschlacht.de/>

56 http://tourism.gov.il/Tourism_Eng/Articles/Attractions/The+Masada+Museum.htm

Bibliografía

- ÁLVAREZ RICO, M.G. (2002): "The Greek military camp in the Ten Thousand's army", *Gladius*, 22, pp. 29-56.
- BELLÓN, J.P. et alii (2005): "Baecula. Arqueología de una batalla", A. Galvez (ed.), *Proyectos de Investigación 2002-2003*, Jaén, pp. 11-66.
- BROUQUIER-REDDÉ, V. (1997): "L'équipement militaire d'Alésia d'après les nouvelles recherches (prospections et fouilles)", M. Feugère (ed.), *L'équipement militaire et l'armement de la République*, JRMES 8, pp. 277-288.
- CARMAN, J. (1999): "Beyond the Western Way of War: Ancient Battlefields in comparative perspective", J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological perspectives*, Stroud, pp. 39-55.
- CARMAN, J. et CARMAN, P. (2005): "Ancient bloody meadows: classical battlefields in Greece", *Journal of Conflict Archaeology*, 1.1, pp. 19-44.
- DOBINSON, C.S., LAKE, J. y SCHOFIELD, L. (1997): "Monuments of war: defining England's 20th-century defence heritage", *Antiquity*, 71, pp. 288-299.
- FIORATO, C. (2000): "The context of the discovery", V. Fiorato (ed.), *Blood Red Roses. The Archaeology of a Mass Grave from the Battle of Towton AD 1461*, Oxford, Oxbow, pp. 1-14.
- FOX, R.A. (1993): *Archaeology, History and Custer's last battle*, University of Oklahoma Press.
- FREEMAN, P.W.M. y POLLARD, A. ed. (2001): *Fields of Conflict: progress and prospect in Battlefield Archaeology*, Proceedings of the Glasgow Conference, April 2000, BAR IS 958, Oxford.
- GABALDÓN MARTÍNEZ, M.M. y QUESADA SANZ, F. (2008): "Memorias de victoria y muerte: ideales, realidades, tumbas de guerra y trofeos en la antigua Grecia", *Hesperia Culturas del Mediterráneo*, 4.3, pp. 113-133.
- GUILAINE, J. et ZAMMIT, J. (2002): *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria*, Barcelona.
- HUNTER, J. y COX, M. eds. (2005): *Forensic Archaeology: Advances in theory and practice*, Londres, Routledge.
- JORDAN, R.P. (1986): "Ghosts on the Little Bighorn", *National Geographic Magazine* 170.6, pp. 787-813.
- KEEGAN, J. (1978): *The Face of Battle*, Londres.
- LINENTHAL, E.T. (1991): *Sacred Ground. Americans and Their Battlefields*, University of Illinois Press, Chicago, Illinois.
- MAKKAY, J. (2000): *An Early War. The Late Neolithic mass grave from Esztergályhorvát*, Budapest.
- MONTERO BARBADO, S. (2001): "Arqueología de la Guerra Civil en Madrid", *Historia y Comunicación Social*, 6, pp. 97-122.
- MONUMENTS (1998): *Monuments of War. The evaluation recording and management of twentieth-century military sites*, Londres.
- MOSSBAUER, G. y WILBERS-ROST, S. (2007): "Kalkriese-Ort der Varusschlacht?", R. Wiegels (ed.), *Die Varusschlacht*, Stuttgart, Theiss, pp. 23-36.
- NAFZIGER, G. (1996): *Imperial bayonets. Tactics of the Napoleonic battery, battalion and brigade as found in contemporary regulations*, Londres.
- NAPOLÉON III (2001): *La Guerre des Gaules par Napoléon III. Histoire de Jules César*, París.
- OCHARÁN LARRONDO, J.A. y UNZUETA PORTILLA, M. (2002): "Andagoste (Cuartango, Alava): un nuevo escenario de las guerras de conquista en el Norte de Hispania", A. Morillo (éd.) *Arqueología Militar Romana en Hispania. Anejos de Gladius* 5, Madrid, pp. 311-325.
- PAYNE-GALLWEY, R. (1907, reimpr. 1973): *The projectile-throwing engines of the Ancients and Turkish and other oriental bows*, Londres.
- PERALTA LABRADOR, E. (1999): "Los castros cántabros y los campamentos romanos de Toranzo y de Iguña. Prospecciones y sondeos (1996-97)", *Las Guerras Cántabras*, Santander, pp. 201-276.
- (1999): "El asedio romano del castro de la Espina del Gallego (Cantabria) y el problema de *Aracelium*", *Complutum*, 10, pp. 195-212.
- (2006): "La revisión de las Guerras Cántabras: novedades arqueológicas en el Norte de Castilla", A. Morillo (éd.), *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*, León, pp. 523-547.
- POLLARD, T. y BANKS, I. (2005): "Editorial-Why a Journal of Conflict Archaeology and why now?", *Journal of Conflict Archaeology*, 1, pp. i-vii.
- PRITCHETT, W.K. (1985): "The Burial of Greek War Dead", *The Greek State at War IV*, Berkeley, Univ. of California Press, pp. 94-259.
- QUESADA SANZ, F. (2006): "Los Celtíberos y la guerra. Tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153 a.C.", F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior*, Zaragoza, pp. 149-167.
- QUESADA SANZ, F. y KAVANAGH DE PRADO, E. (2006): "Roman Republican Weapons, camps and battlefields in Spain: an overview of recent and ongoing research", A. Morillo et J. Aurrecochea (eds.) *The Roman Army in Hispania. An archaeological guide*, León, pp. 65-84.
- REDDÉ, M. (1999): "César ante Alesia", *Las Guerras Cántabras*, Santander, pp. 119-144.
- REDDÉ, M. y von SCHNURBEIN, S. (2008): *Alésia et la bataille de Teutoburg. Un parallèle critique des sources*. Beihefte der Francia. Band 66, Ostfildern.
- RIBERA LACOMBA, A. (1995): "La primera evidencia arqueológica de la destrucción de *Valentia* por Pompeyo", *JRA*, 8, pp. 19-40.
- RIGEADE, C. (2007): *Les sépultures de catastrophe*, BAR IS 1695, Oxford.
- ROSE, M. (2006): "Fallen heroes: identifying bones of Pericles' soldiers", *Archaeology*, Online features, 16 February 2006 = www.archaeology.org/online/fe
- s.a. (2004): "The Paros massacre", *Current World Archaeology* 5, pp. 22-31.
- SIGNOLI, M. et alii (2004): "Discovery of a mass grave of Napoleonic Period in Lithuania", *Comptes Rendus Palevol* 3.3, pp. 219-227.
- SUTHERLAND, T. y HOLST, M. (2005): *Battlefield Archaeology – a guide to the archaeology of conflict*, BAJR, s. l.
- THORDEMAN, B. (1939, reimpr. 2001): *Armour from the Battle of Wisby (1361)*, Estocolmo.
- VEGAS ARAMBURU, J.I. (1999): *El enterramiento neolítico de San Juan ante Portam Latinam*, Álava.
- VEGAS, J.I., ARMENDÁRIZ, A., ETXEBERRÍA, F. et alii (1999): "La sepultura colectiva de San Juan Ante porta Latinam", *Saguntum Extra* 2, pp. 439-445.
- VV.AA. (2007): *Iber. Didáctica de las ciencias sociales, geografía e historia. Monografía: Campos de batalla, espacios de guerra*. Vol. 51.
- WAKELY, J. (1997): "Identification and analysis of violent and non-violent head injuries in osteo-archaeological material", J. Carman (ed.), *Material Harm*, Glasgow, pp. 24-46.

WHEELER, R.E.M. (1943): *Maiden Castle*, Report of the Research Committee of the Society of Antiquaries 12, Londres.

WINLOCK, H.E. (1945): *The slain soldiers of Neb-hepet-Re' Mentu-Hotpe*, The Metropolitan Museum of Art Egyptian Expedition, Nueva York.

WRIGHT, R., HANSON, I. y STERENBERG, J. (2005): "The Archaeology of Mass Graves", J. Hunter et M. Cox (eds.), *Forensic Archaeology. Advances in Theory and Practice*, Londres, pp. 137-158.